

imperial: sin la ostentacion de que se rodeaba este bárbaro, cuyas epístolas de estilo levantado y correcto celebraba la misma Italia (1), en vano hubiera pretendido el poderoso Garona dispensar su proteccion al Tiber empobrecido. Los tesoros de Toledo en tiempo de Amalarico eran sin duda grandes: los escritores franceses encomian la riqueza que de esta ciudad se llevó Childeberto, cuando vino á España á vengar los sangrientos ultrages hechos á su hermana Clotilde. Entre las alhajas en que cebó su rapacidad el rey Franco habia sesenta cálices y veinte patenas de oro puro: prueba de la magnificencia con que se sostenia el culto aun antes de la conversion de Recaredo. En sus personas y en los objetos de su uso cotidiano empleaban los magnates godos el mismo lujo. Las mujeres se cubrian de ricas sederías y lanas finisimas, que ya en tiempo de los romanos gozaban de grande estimacion por sus bellos colores naturales: tenian espejos y palanganas de plata, bebían en copas de oro incrustadas de diamantes y otras piedras preciosas, y se llenaban las manos de anillos de diversas formas (2). Puede asegurarse que el lujo que tanto se habia arraigado en la Bética durante la dominacion romana, no llegó á desaparecer en esta provincia ni aun en los años calamitosos de las irrupciones de los bárbaros, porque estos se mostraron desde luego tan apasionados de la riqueza y de la molicie como los mismos vencidos. Es curioso leer en Procopio el género de vida que los Vándalos procedentes de la Bética hacían en el Africa entre los infelices pobladores de la Mauritania sojuzgada (3). Sus mesas, espléndidamente servidas, abundaban en los mas exquisitos productos de la Libia. Revestíanse de seda y llevaban ropas de fabuloso precio. Pasaban el dia en las cacerías, corridas de caballos, teatros y toda especie de diversiones. Su aficion á la música, al canto, al baile y á todo entretenimiento deleitable no tenia límites. Gustaban de pasar las calurosas horas del estío en los amenos jardines matando el tiempo en magníficos banquetes á la sombra de los arboles cabe los murmuradores arroyos. Diez y ocho años escasos de permanencia en el medio-dia de nuestra España habian bastado para inspirar á aquellos bárbaros tan feroces, tal pasion hácia las artes del lujo y del deleite.

Los contratos matrimoniales se celebraban con tal esplendidez, aun

(1) Sid. Apolin. l. VIII, epíst. 9.

(2) S. Isidoro: *Etimolog.* l. XIX, cap.º 23, 24, 25, 28, 31 y 32.

(3) De bell. vandalico, l. IV.

entre los simples particulares, que las leyes tuvieron que moderar los gastos que en ellos se hacian. Nadie habia de poder dar en dote mas de la décima parte de sus bienes, y los *seniores* no podian regalar á la desposada mas de diez esclavos, otras tantas mujeres, y veinte caballos; y el valor de los objetos de uso personal no habia de exceder de dos mil escudos de oro.

S. Isidoro hace mencion de telares de seda, fábricas de hilos y cordones de oro, de vidrios de color, y otras manufacturas que indican tambien un notable desarrollo industrial y artístico. La lucha de la primitiva barbarie goda con la cultura romana y la ilustracion bizantina habia sido muy ventajosa para la civilizacion de España. De Bizancio vino sin duda á la España goda aquella primorosa orfebrería tan admirada de los Francos merovingios; y sobresaliendo estos tanto en esa arte, debe suponerse que no habia en todo el occidente nacion que á la nuestra se aventajase en semejante ramo. Nuestros antiguos escritores y cronistas no nos han conservado en verdad los nombres de aquellos excelentes orifices, plateros y joyeros que hicieron, por ejemplo, aquella soberbia espada, de puño de oro y pedrería, y aquel magnífico talabarte, ambos de procedencia visigoda, ofrecidos por los hijos de Gaddon al rey Childerico como digno rescate de su crimen; aquella lujosa cruz que sacó Childeberto de Toledo y que colocó en el lugar principal de la famosa Iglesia de *S. German de los Prados* de Paris, erigida expresamente para ella; y por último las hermosas coronas de Recesvinto y Sonnica descubiertas últimamente en un desierto prado de la provincia de Toledo y que, fraudulentamente sustraídas de nuestro suelo, lucen hoy con admiracion de los aficionados y arqueólogos en un museo de la corte del vecino Imperio. Los franceses han sido mas cuidadosos con las memorias que ilustran y engrandecen su historia. Pero, aunque ellos conserven con religioso cuidado los títulos que recomiendan al respeto de la moderna Europa á sus *Mabuinos* y *Eligios*, y nosotros, pródigos temerarios de nuestros antiguos timbres, demos al olvido tan preciosos datos, siempre será fundado creer que nuestros orfebros sobrepujaron á los suyos y emularon con los del Bajo Imperio (1).

(1) Entendemos por orfebrería el arte de labrar objetos de plata y oro, no vaciados ó fundidos, ni empleados en la decoracion arquitectónica, que entran en el dominio de la estatuaria y escultura de relieve. Son tambien obras de orfebrería las chapas de co-

Preciso es decir algo de la arquitectura de los Visigodos, siquiera para que el lector se forme una idea aproximada de los varios templos con que su piedad ilustró las poblaciones de la provincia que vamos estudiando. Prescindiremos de las construcciones militares, como muros y torres, en cuyos restos de Itálica y Sevilla apenas se perciben caracteres que las diferencian de las romanas, y trataremos principalmente de bosquejar la fisonomía de las fábricas religiosas, acerca de las cuales se han acreditado entre las mismas personas no extrañas á los conocimientos arqueológicos especies erróneas que importa rectificar. No vamos á refutar la idea, harto desacreditada ya hoy, que fué causa de la perniciosa confusión introducida en la historia del arte desde que empezó á aplicarse el nombre de *gótica* á toda arquitectura diferente de la clásica, griega ó romana, de la árabe, de la del renacimiento y de la greco-romana. Los que tal confusión introdujeron estaban por cierto muy lejos de sospechar que los Godos no tuvieron noticia del arco apuntado, ni del ingenioso sistema de contraresto y equilibrio de empujes que constituye el mérito principal de la arquitectura practicada desde fines del siglo XII y falsamente llamada *gótica*. Tampoco se imaginaban que la verdadera arquitectura gótica estaba mas cerca de la romana que la que trazaban ellos en su candorosa creencia de haber restaurado con sus absurdos arquivadas y pesados frontones el clacisismo artístico de los siglos de Pericles y de Augusto.

Créese que las construcciones erigidas por los pueblos denominados *bárbaros* en Italia y en España, en los cuatro siglos desde el V al

bre esmaltado, los cobres de Dinant, los jarros de estaño de Briot, los bronces y hierros cincelados de Cellini y los célebres esmaltes de Limoges.

Los antiguos empleaban la orfebrería muy en grande, y las obras de este género que aun nos quedan de Griegos y Romanos atestiguan la perfección que alcanzaron. Los restos mas notables de la orfebrería antigua son los vasos de Bernay, que se conservan en la Biblioteca Imperial de París y que describió Mr. A. Le Prevost. Sobre la orfebrería clásica nos suministran preciosos datos Plinio en el lib. 38 de su *Hist. nat.*, Ciceron en su tratado *De Signis*, Ateneo en el lib. 11 de sus *Deipnosophistas*, y Pausanias en su conocido *Viaje histórico*. Despues de la caída del Imperio romano, el centro principal de la orfebrería fué Constantinopla. Es de creer que en las Galias floreciese tambien mucho este arte: de otro modo no se explica cómo pudo aventajarse tanto en él la nacion francesa desde la época merovingia. Colonia, Nuremberg, Florencia y París siguieron á Limoges. Todas estas ciudades citan nombres de orífices famosos; pero S. Eloy, ó S. Eloy, los oscurece á todos. Y sin embargo, ¡qué distancia entre sus obras y las de los artífices visigodos! Compárese el tan celebrado sillón de Dagoberto, de París, con la magnífica corona de Recesvinto expuesta al público en el Museo de Cluny: en aquel todo es bárbaro, al paso que en esta brilla toda la gala, la gracia y la nobleza del arte bizantino en su buena época.

VIII, eran toscas y miserables, y si esto fuera cierto, naturalmente habria que deducir que serían despreciables edificaciones las que los reyes, magnates y prelados de los tiempos de Recaredo y Wambà levantaron en la Bética, que, además de haber gozado algun tiempo el privilegio de tener la corte de los Visigodos, habia siempre sobresalido desde los tiempos apostólicos por su afectuosa y desinteresada piedad. Nada hubieran valido en semejante caso el templo de S. Geroncio de Itálica visitado por S. Fructuoso en 641, ni la iglesia de S. Justo y Pastor de Medinasidonia, tambien de la primera mitad del sétimo siglo, ni el monasterio de Sta. Florentina, la hermana de S. Leandro, que descollaba á orillas del Genil, en las cercanías de Écija, donde hoy se ve el monasterio de S. Gerónimo; ni aquella célebre Iglesia de S. Ambrosio, cerca de Vejer de la Miel, que al mediar el siglo VII fué consagrada por el obispo Pimerio.

Pero esa tosquedad y pobreza son en gran parte una cómoda invencion de los que por haber desdeñado trabajosas y prolijas investigaciones ignoraron las artes de la edad media, principalmente las de su primero y mas oscuro período. Arqueólogos diligentes y de mas conciencia (1) se han aplicado en nuestros dias á viñdicar á la sociedad visigoda de aquella injusta acusacion de barbarie artística, y ya hoy podemos dar por averiguado que la arquitectura de nuestros Flavios y de nuestros Isidoros fué tan razonada y grandiosa como la de los Agilulfos, mas rica que la de los Merovingios, tan ostentosa y magnífica como la de los Bizantinos, si bien de menos elegancia.

La gente goda, dijimos arriba citando la expresion de un historiador moderno justamente célebre (2), estaba prendada del Imperio, lo mismo que Ataulfo de la hija del gran Teodosio. Esta pasion no se amortiguó nunca, ni aun en las épocas en que los Leovigildos, Swintilas y Sisenandos pugnaban con las armas por ahuyentar de sus dominios las tenaces colonias del Imperio de Oriente. Querian aquellos monarcas la cultura de Constantinopla; no sus soldados, ni su violencia, ni su perfidia y traiciones. Querian sus artes, no sus costumbres: su ciencia y su doctrina, no sus apostasías y heregias: sus basílicas y sus palacios, no sus circos, teatros y espectáculos públicos. Aquellos sabios

(1) Sobresalen entre estos los Sres. Assas y Caveda, cuyos nombres nos complacemos en consignar aquí.

(2) El conde de St. Priest.

prelados de nuestros concilios, insignes promotores de la civilización española en todos sus ramos, mantenian un comercio demasiado frecuente con los Padres de la Iglesia de Oriente, y conocian demasiado el camino á la opulenta Bizancio para que pudieran permanecer indiferentes á lo que allí hacia el arte en servicio del culto. Mármoles, jaspes, taraceas, metales preciosos, vidrio de colores, pedrería, esmaltes, pinturas, todo lo prodigaban en sus templos los Justinos, los Mauricios y los Heráclios; ¿por qué no habian de prodigarlos en los monumentos de mas acendrada piedad los reyes Visigodos? Y los prodigaron en efecto. Léanse las descripciones que de las basílicas de S. Roman de Hornija, de S. Félix de Córdoba, de S. Martin de Orense, de S. Juan Bautista de Mérida, de Sta. Eulalia de la misma ciudad, del Palacio episcopal de esta diócesis y de las construcciones religiosas que llevaron á cabo en Toledo Sisebuto y Wamba nos han dejado S. Ildefonso, S. Isidoro, S. Eulogio, Paulo Diácono y Gregorio Turonense; y nos persuadirémos con el Sr. Caveda (1), contra el sentir de Cean Bermudez, de que «donde se erigen atrios sostenidos de columnas, encumbreadas torres, muros cubiertos de bruñidos mármoles, y baptisterios á la manera de la primitiva Iglesia, adornados de pinturas, no se halla el arte reducido al simple mecanismo de levantar toscas paredes.»

En lo que no estamos conformes con el entendido y erudito escritor que acabamos de citar, es en que las fábricas de los godos no presentasen *vislumbres de orientalismo*. Creemos por el contrario, que dificilmente se podrán citar en las construcciones de los otros pueblos contemporáneos del Occidente caracteres mas visiblemente bizantinos que los que nos ofrecen los fragmentos de arquitectura visigoda que ya conocemos. Y ¿cómo habia de ser de otra manera cuando todo en la corte de Leovigildo, Recaredo y sus sucesores era reflejo directo del astro fascinador que brillaba sobre el Bósforo? De casta bizantina son todos los elementos de la ornamentación arquitectónica de aquellos tiempos que empezó á recoger desde que escribió su *Album artistico de Toledo* el Sr. Assas: los que posteriormente ha seguido descubriendo (2), y los que la Comisión del Ministerio de Fomento encargada en el pasado año de 1859 de explorar el campo de Guarrazar, cerca de

(1) ENSAYO HISTÓRICO SOBRE LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA, cap. III.

(2) Citados con esquisita y loable diligencia en el n.º 38 del *Semanario pintoresco español* del 20 de Setiembre de 1857.

Toledo, recogió sobre las ruinas de la ermita ó capilla contigua al abandonado cementerio de donde fueron sustraídas las coronas góticas de que antes hicimos mencion. ¿Cómo es posible dudar qué sean de origen oriental los *bisantes*, el *ataurique*, los *impages*, los *arciones*, los *circulos combinados* y sus *intersecciones*, los *rombos*, las *escamas*, las *postas con palmetas*, las *cruces griegas*, los *cuadrifolios*, los *contarios facetados* (1) y demás adornos que se advierten en los mencionados fragmentos? Pues mas concluyente prueba de linage neo-griego presentan todavía los capiteles cúbicos y de pirámide truncada inversa, que tradicionalmente se perpetuaron en las construcciones de la naciente monarquía asturiana y en la ornamentacion de los manuscritos desde el siglo IX; los fustes de columnas adornados con funículos y grecas; las ventanas gemelas y los agimeces, que tampoco faltaron en nuestros edificios visigodos (2); los arcos vulgarmente llamados *de herradura*, que se observan en un precioso códice reputado en parte anterior á la irrupcion agarena (3); y por último las cúpulas sobre pechinas ó trompas, que constituyen, digámoslo así, la faccion mas característica de la arquitectura bizantina, y que nos atrevemos á creer no fuesen tampoco del todo desconocidas en España antes del siglo VIII (4).

(1) Para el significado de todas estas voces puede consultar el lector el *Glosario* del Sr. Assas al fin del ALBUM DE TOLEDO ó su artículo sobre el *Estilo bizantino* del n.º 36 del citado SEMANARIO.

(2) Existe uno desmontado, pero muy curioso, en Toledo, en el jardin que fué solar de la basílica de S. Ginés.

(3) Es el marcado en el archivo de la Real Academia de la Historia con el n.º 22 entre los procedentes del suprimido Monasterio de S. Millan de la Cogulla. Este monumento es precioso por mas de un concepto. V. Florez, t. 26 de su *Esp. Sagr.*

No titubeamos en creer que la decoracion de arcadas que este códice ofrece puede señalarse como una muestra auténtica de la ornamentacion arquitectónica de los visigodos: 1.º porque el arco de herradura existia en varias construcciones anteriores á la venida de los Sarracenos, como lo prueban el citado agimez de la basílica de S. Ginés y una piedra empotrada en una de las caras de la torre de Sto. Tomé, tambien de Toledo, que el Sr. Assas ha reconocido como de aquella procedencia; 2.º porque se citan monumentos del Oriente anteriores á la conquista árabe que presentan asimismo arcos de herradura: tales son la antigua iglesia de Seleucia y la catedral de Dighour en la Armenia; 3.º porque aun cuando resultara plenamente probado que el códice es posterior á la irrupcion sarracena; todavia sería repugnante suponer que el buen monge del monasterio Emilianense á cuya diligencia se debe la conclusion de la obra de Quiso, prefiriera tomar por modelo para su exornacion los edificios de los árabes, que quizás ni habria visto, á copiar lo que de continuo tenia ante los ojos.

(4) Los Ostrogodos la usaron, y lo prueba el mosaico de la Iglesia de S. Apolinar de Ravena en que está representado con pequeñas cúpulas el palacio de Teodorico de Terracina. Cúpula tenia tambien la Iglesia de S. Miguel de Lino, en Asturias, edificada en el siglo IX, la cual puede considerarse ó como reminiscencia del arte de los visigodos ó como ejemplo de un estilo nuevo sugerido por los arquitectos del Califato.

En vista de los fragmentos á que aludimos, en que se ven desde luego hermanadas una ornamentacion de origen puramente oriental y una ejecucion torpe y poco sentida, no podemos abrigar la mas leve sombra de duda acerca de su procedencia visigoda. No necesitaríamos en rigor de los sólidos y prolijos argumentos empleados por el Sr. Assas para demostrar que los fragmentos que él antes que otro alguno discernió en Toledo pertenecieron á fábricas de los cuatro primeros siglos del cristianismo libre; la sola ejecucion de los adornos contenidos en estas reliquias es una prueba concluyente de que fueron godos los que los labraron. Hay en las artes del diseño un signo inequívoco para reconocer la mano del artífice, que es el modo de acentuar lo que se ejecuta. El escultor visigodo, imitador del arte del Bajo Imperio, no sabia comprender la belleza de lo que copiaba, y así en su obra se traducia la huella de la aplicacion servil, nó la del sentimiento.

De consiguiente, la razon misma que al erudito autor del *Ensayo histórico* le hace negar que puedan ser visigodas las reminiscencias de arte oriental que ofrecen la Iglesia de S. Millan de Suso, la de S. Salvador de Leire, la de S. Roman de Hornija, la de S. Juan Bautista de Baños y la parroquial de Wamba, nos obliga á nosotros á considerar estos templos como monumentos preciosos muy dignos de ser detenidamente estudiados, y como únicos edificios en que, segun todas las probabilidades, dura aún en pié la poco conocida arquitectura de los Atanagildos y Chindasvintos.

Creemos, pues, que la arquitectura de los godos no fué otra que la latino-bizantina, y que los templos que ellos erigieron fueron por lo general en su planta y disposicion latinos, como muchos que desde los tiempos de Constantino se construyeron en el mismo Oriente, y como los de los Ostrogodos y Longobardos; en su ornamentacion puramente bizantinos, esto es, notablemente decorados de mármoles y jaspes, pinturas, mosaicos y taraceas de ingeniosas combinaciones de líneas y colores y todos los caprichosos adornos que arriba dejamos enumerados, los cuales probablemente se esculpirian en la piedra, con muy escaso relieve, cuando no hubiese medios de trazarlos con pinturas y mosaicos, que eran la gala y el arreo predilectos de los artistas de Bizancio.

Hay acerca del estilo bizantino preocupaciones no menos erróneas que las que hemos advertido en los que denominaron *gótica* á la archi-

tectura ojival. Supónese que hasta los siglos XI y XII no practicaron el arte bizantino los arquitectos del Occidente, y creemos que este error es mas notable todavía tratándose de nuestra España. Bizantinas eran, como acabamos de ver, la decoracion y ornamentacion de nuestras basílicas visigodas: bizantina siguió siendo la de las mezquitas de la época de los califas de Andalucía hasta el siglo XI, sin mas diferencia que los árabes la comprendieron y sintieron mejor que los artifices visigodos; y cabalmente dejó de ser bizantina para tomar un carácter nuevo, puramente occidental, que es el bien llamado *románico*, en la época de la gran reaccion de Europa sobre el Oriente. No son de este capítulo ni de esta obra las consideraciones en que creemos poder fundar esta teoría.

De los citados templos de S. Geroncio de Itálica, de S. Justo y Pastor de Medinasidonia, de Sta. Florentina de Écija, de S. Ambrosio de Vejer, ¿qué queda hoy? ¡El recuerdo solamente! Todo lo que de su estructura se diga, apartándose de las generalidades apuntadas, será aventurado. Pero hasta ahora apenas hemos hablado mas que de la ornamentacion y decoracion; y la arquitectura no se reduce á esto solo. Debemos decir algo de la *estructura* de los templos visigodos.

Hemos indicado que en su planta serían probablemente de forma latina. Esta forma es la de las antiguas basílicas; su fisonomía genérica es el rectángulo dividido longitudinalmente en tres ó cinco naves, la del centro mas elevada y las laterales disminuyendo en altura sucesivamente. Esta diferencia de alturas se manifestaba al exterior, proyectándose la parte superior de la imafrente ó fachada en ángulo á manera de fronton: porque los arquitectos cristianos tomaron además de la antigua basílica romana la techumbre de madera. Muchos se imaginan que esta disposicion fué privativa de las iglesias primitivas del Occidente; pero se engañan, porque aunque en el Oriente se introdujo desde la época de Constantino la costumbre de edificar iglesias y baptisterios de planta poligonal ó circular, sin embargo, allí mismo fué esto una escepcion y continuó la práctica general de erigir templos de naves paralelas; ni se necesitaría en caso de duda mas prueba de este aserto que la forma de las primitivas mezquitas edificadas por los árabes en Siria, Africa y España, casi todas uniformemente de planta latina. Mas no por esto hemos de negar que pudieran construirse bajo los monarcas visigodos edificios sagrados semejantes á aquellos otros tipos pura-

mente orientales, como el *Santo Sepulcro* de Jerusalem y el *San Vidal* de Ravena. Lejos de eso, en la época en que mas florecia la cultura visigoda, ya la arquitectura que nos atreveremos á llamar *cupular* habia en cierto modo avasallado á la latina. Generalizábase y prevalecia en Oriente, merced á la ereccion de los insignes templos de *Santa Sofia* y de los *Santos Apóstoles* de Constantinopla, debido á la piedad y munificencia de Justiniano, y juzgamos imposible que su fama, juntamente con el deseo de imitarlos, no llegasen á nuestra Península teniendo nuestros Flavios fija su envidiosa mirada en el brillo de Bizancio, y principalmente á la Bética que habia sometido las ciudades de su marina á las armas de aquel glorioso Emperador. Si esta conjetura no es infundada, descollarian las cúpulas bizantinas alternando con las techumbres latinas en las poblaciones españolas, y los discípulos de Antemio de Trales é Isidoro de Mileto verian prohijada la gallarda innovacion de estos atrevidos constructores por los industriosos artifices del lado de acá del Estrecho. Consistia principalmente la famosa novedad arquitectónica en haber levantado la cúpula de la rotonda romana sobre cuatro arcos triunfales, sin dar á su espacioso anillo mas que cuatro puntos de apoyo, cubriendo con otros cuatro segmentos de esfera los espacios comprendidos entre las curvas del mismo anillo que quedaban al aire y las curvas de los arcos que le servian de descanso. Estos segmentos, que nosotros denominamos *pechinas*, y la media esfera que sobre ellas se levantaba, se cubrian de vistosas pinturas sobre fondo de oro. La planta del templo, emancipada ya de su primitiva forma latina, era una cruz formada por la interseccion de dos naves; pero no como generalmente se cree una cruz griega, de cuatro brazos iguales (1), sino una especie de representacion de la cruz en que murió el Salvador, esto es, con el brazo de occidente mas largo que los otros y como sirviendo de pié. Tal era la planta de *Santa Sofia*; tal asimismo la de los *Santos Apóstoles*: testigo Procopio (2).

(1) V. la interesante obra de M. Félix de Verneilh *L'architecture byzantine*, p. 14, donde se explica con toda claridad la planta de *Santa Sofia*.

(2) *De Edificiis Justiniani*, t. II, p. 13. «Templum omnium apostolorum:»— «Deinde hoc etiam perstitit, summa erga omnes apostolos pietate impulsus. Erat Byzantiis vetusta quædam ædes, cunctis dicata apostolis, quam ævi longinquitas sic labefecerat, ut collapsura prope diem videretur. Hanc Justinianus imperator funditus demolitam non solum instaurare studuit, sed majorem etiam facere et pulchriorem. Porro consilium hac ratione explicuit. Rectæ linæ designatæ sunt duæ, quæ se medias invicem secant, commissæ in formam crucis; altera ab occasu ad ortum directa, altera ad meridiem transversa á septentrione. Præter exteriorum parietum ambitum, in-

No siempre descansaba la cúpula directamente sobre los cuatro arcos torales: muy á menudo se elevaba aislada de sus sostenes llevando en su parte inferior un tambor ó cuerpo de luces, perforado, por donde penetraba la claridad al crucero. Ni siempre tampoco era una sola la cúpula del templo: el temerario arrojó de encumbrar sobre cuatro pilares una semi-esfera de 120 pies de diámetro estaba solo reservado á los arquitectos de Justiniano, los cuales, hecho este inaudito esfuerzo, podian legitimamente renunciar á levantar en Santa Sofia mas cúpulas que aquella. Los artistas menos extraordinarios prefirieron aplicar el nuevo sistema con mas seguridad y facilidad, y lo que hicieron fué, segun la feliz expresion del arqueólogo arriba citado, en vez de dar la inmensa cúpula en una sola pieza, *dar su cambio* en cinco piezas menores. Así se construyó el templo ya mencionado de los *Santos Apóstoles*; así, cuatro siglos despues, el famoso templo de *S. Marcos* de Venecia. Algunas veces, á cada uno de los arcos torales que llevaban la cúpula central, se adaptaban semi-cúpulas ó cascarones en direccion de los cuatro brazos, que daban á estos templos por la parte superior la semejanza de las plantas bulbosas. Déjase colegir cuán radical seria el cambio introducido en el aspecto general de las iglesias con este nuevo modo de cubrirlas. Las cúpulas y las terrazas sustituían á las antiguas armaduras y cáballetes: las imafrentes horizontales á las fachadas angulares de las basílicas latinas. La cantería de estas construcciones era, como en la arquitectura latina, el aparejo mediano y pequeño de los romanos. Los artistas visigodos sobresalian en esta especie de edificación con sillares cúbicos: los francos salian apenas del estado de barbarie cuando ya los nuestros eran célebres por su pericia en todo el Occidente. Aquellos hacian sus edificios principalmente de madera, que tal era la costumbre de los galos (*mos gallicanus*); el aparejo romano (*mos romanus*) les era punto menos que desconocido, y entre todos los pueblos bárbaros solo la gente goda conservaba su tradicion. Así vinieron ellos á nuestra España en busca de artífices en muchas ocasiones para llevar á cabo sus obras de mas empeño (1). En las fábricas

terioribus columnarum ordinibus *supra* sunt *infraque* circumdata. In commissura harum linearum, utriusque fere medium obtinente, conditum inauguratumque est sanctuarium: sic locum merito appellant, eorum vestigiis interdictum qui rei divinæ non operantur. Hinc inde procurrentia transversi spatii latera, inter se æqualia sunt: spatii vero in directum porrecti *pars illa, quæ vergit ad occidentem, alteram superat quantum satis est ut figuram crucis efficiat.*

(1) En la vida de S. Ouen, obispo de Ruan, escrita en Francia hácia la mitad del